



LENA VALENTI

SI TE MARCA, ESTÁS PERDIDA.

PARA VERTE
MEJOR

Las Sombras del Alpha, I

EDITORIAL VANIR



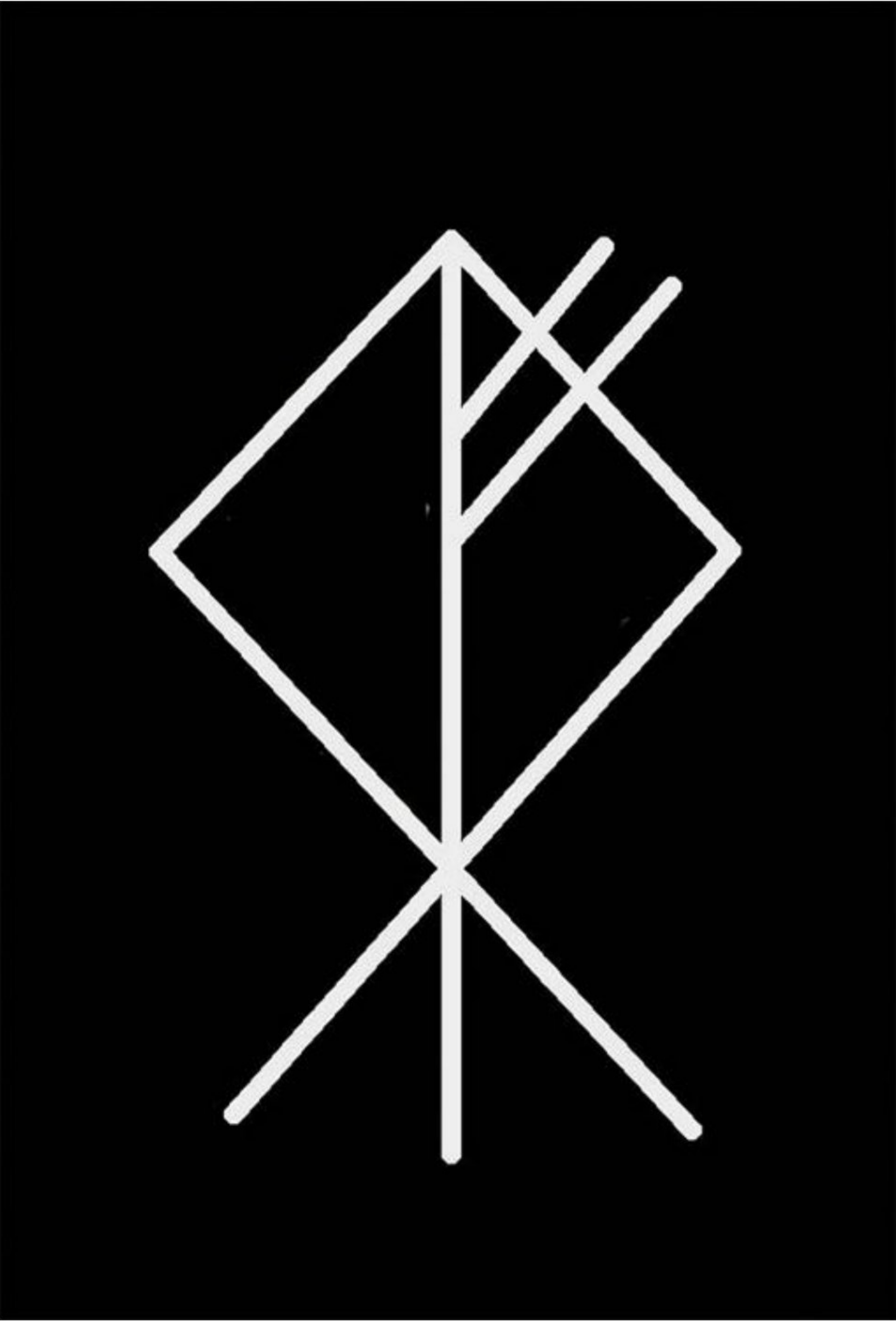
LENA VALENTI

SI TE MARCA, ESTÁS PERDIDA.

PARA VERTE
MEJOR

Las Sombras del Alpha, I

EDITORIAL VANIR

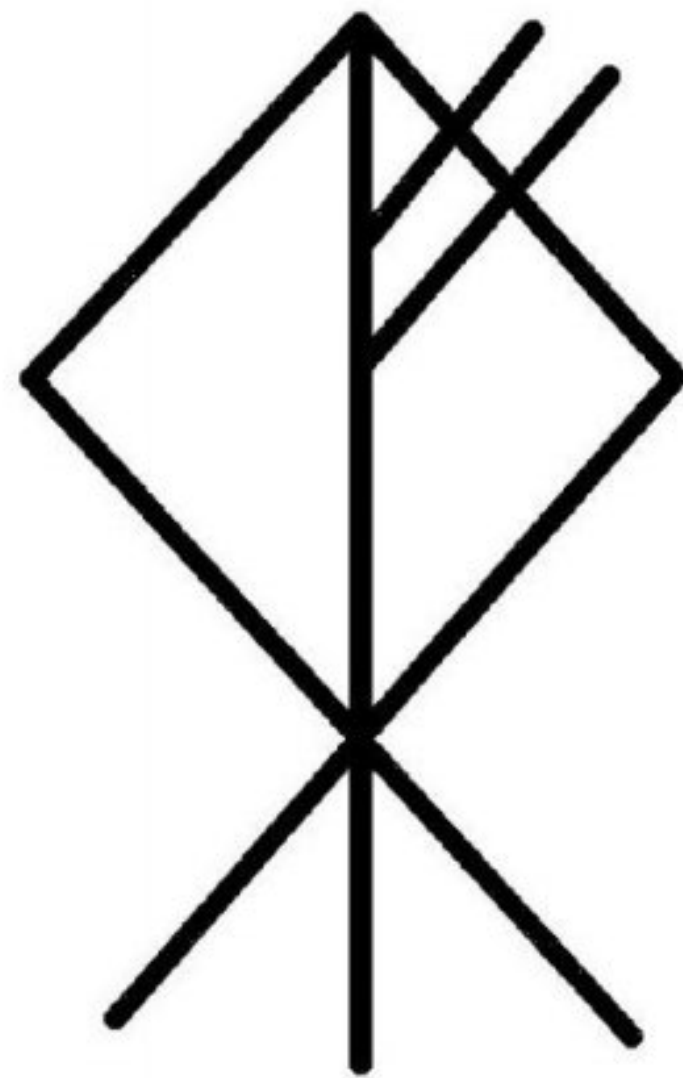


PARA VERTE MEJOR

Las Sombras Del Alpha, I

Lena Valenti

Consigue la firma de la autora:



Primera edición: abril 2024

Título: Para verte mejor

Colección: Las Sombras del Alpha, 1

Diseño de la colección: Editorial Vanir

Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: © Editorial Vanir, 2024

Del texto: ©Lena Valenti, 2024

De esta edición: © Editorial Vanir, 2024

ISBN: 978-84-17932-91-6

Depósito legal: DL B 7640-2024

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)

***Mientras el lobo no tenga a su loba,
seguirá aullando a la luna y a las
estrellas.***

Capítulo 1

Hacía mucho que no pisaba ese lugar. Kayla tenía vagos recuerdos de los años de veraneo que pasó en su infancia, correteando por los prados y yendo en bicicleta por las calles adosadas del centro del pueblo, pero de eso hacía ya unos dieciséis años, y muchas cosas podían cambiar en ese tiempo, como así había sucedido allí: Atlas había cambiado mucho.

El precioso pueblo de montaña se había modernizado, tenía hasta un enorme casino, salas de cine y todo tipo de restaurantes y cafeterías preciosas en las que los nómadas digitales trabajaban mientras degustaban una exquisita *muffin* y un buen café. También había un casco más antiguo donde había un cementerio de estilo gótico, una pequeña catedral y señoriales jardines por los que poder pasear como en un pequeño oasis rodeado de modernidad.

No podía evitar prestar atención a los nuevos caserones que asomaban en lo alto de los cerros que rodeaban el valle, iluminados casualmente por los tímidos rayos del sol que intentaban atravesar las espesas nubes bajas. Todos del mismo estilo, respetando la armonía ambiental, de teja gris oscura y madera. Se decía que Atlas era un lugar en el que a los ricos les gustaba tener propiedades y también competir por ver quién la tenía más grande. Que era un retiro dorado, de extensiones verdes y tierras altas interminables que acababan en el límite del mundo.

Los veranos que pasó en aquel pueblo le sirvieron para hacer amigas con las que poder mantener el contacto pasados los años a través de las redes sociales. Y gracias a eso, fue que Kayla recibió el mensaje de Susana y Jenni queriendo contratar sus servicios y que, después de tantísimos años, ella se dignase a pisar ese lugar de nuevo, con sentimientos encontrados.

Allí, su memoria se dividía entre el disfrute del verano, las noches bajo las estrellas, las expediciones con linternas al cementerio, y las acampadas

en Lago Alto, y también con el descubrimiento de una terrible cara oculta de su padre, de las infidelidades a su madre y de cómo, desde entonces, ellas tuvieron que mantenerse siempre bien lejos de él.

El último verano que pasó allí supo que su padre nunca la quiso y que, en realidad, le daba techo y comida porque su madre sabía algo de él que nunca, bajo ningún concepto, debía salir a la luz. Esa era la conclusión a la que había llegado pasados los años. Kayla tampoco esperaba nada de él, tenía la suficiente inteligencia emocional como para darse cuenta de que ella a él le estorbaba y que era una carga pesada cuando estaba cerca o a su alrededor. Y estaba bien... No pasaba nada. Había niños queridos y niños no queridos. Había padres amorosos, y padres malos y dictadores.

Su padre, Dan Aro, era de los ausentes, de los que solo habían cedido el semen y gracias. El amor que él pudiera atesorar como padre se lo había dado todo a su primogénita, quince años mayor que ella, Ari, una hermanastra con la que Kayla jamás tuvo *feeling* ni lazos de ningún tipo.

Pero Kayla no estaba ahí para revivir viejas rencillas ni ahondar en su familia completamente desestructurada. Kayla volvía a Atlas solo por trabajo.

A los veintitrés años estaba licenciada en seguridad privada y era una de las investigadoras más jóvenes de la profesión. A los veinticuatro, un caso que ayudó a resolver relacionado con un fraude en el mundo empresarial, le dio notoriedad para abrir su propio despacho como investigadora privada, y a los veinticinco, con más experiencia y numerosos casos de éxito, volvía a Atlas para ofrecer sus servicios a sus amigas. Y, por lo que parecía, iba a ser un asunto un tanto turbio y complicado. Aunque ellas le habían asegurado que profundizarían en lo sucedido cuando la vieran en persona.

Habían quedado en una cafetería mirador en el centro del pueblo a las doce del mediodía. Pensó que sería mejor verlas primero y después ya dejaría todo en el *bungalow* que había alquilado. Aparcó su Countryman híbrido de color negro en la zona de estacionamiento, y se aseguró de que llevase en su tote de marca su iPad y su teléfono móvil. Iba a necesitar tomar apuntes.

Kayla cerró los ojos e inspiró profundamente. Olía a cruasán, a aire fresco, a río y a hayedo. En pleno otoño aquellos debían ser los olores más predominantes de Atlas, dado que esos elementos podían definir aquel mágico lugar a la perfección. Ella siempre estuvo allí en verano, así que era

una experiencia nueva transitar sus calles con el peso de la entrada de octubre y sus colores naranjas y ocres por todas partes.

Se miró por el retrovisor. Con el meñique limpió el *eyeliner* que se había corrido de la comisura de su ojo de color verde amarillento, se humedeció los labios para que su *lipstick* estuviera en su lugar, se pasó las manos por sus ropas para que no luciesen demasiado arrugadas por el viaje, y se mesó el pelo castaño oscuro con las puntas más rojizas, para darle más vida y volumen. Kayla tenía una melena muy abundante y con mucho peso, a veces, difícil de domar.

Entró en la cafetería El Vendaval. Se llamaba así porque las vistas desde allí eran preciosas, dado que era un mirador, pero si salías a la terraza exterior te azotaba un viento que echaba a perder cualquier peinado de peluquería.

Cuando entró en el local, descubrió que era enorme, con una iluminación exquisita y un ambiente también muy americano. Las ventanas rodeaban la sala y dejaban ver unas vistas panorámicas del peñasco, que impresionaban a los que tuvieran vértigo.

Las vio sentadas muy juntitas, sujetando sus tazas blancas de café. Las hermanas Amez rondaban su misma edad, por eso habían congeniado tan bien cuando pequeñas, pero en ese momento, Kayla veía a unas mujeres que parecían mayores que ella, por el ánimo y la actitud que transmitían.

Susana y Jenni parecían distintas, desubicadas, con la expresión de quienes no sabía qué les había sucedido exactamente. Estaban desprotegidas, y sintió compasión y preocupación por las dos inmediatamente.

Cuando llegó a la mesa, se parapetó frente a ellas y dejó el *tote* negro sobre la silla vacía de al lado. Susana y Jenni alzaron la mirada y, en cuanto la vieron, sonrieron felices de encontrarse con ella de nuevo, aunque esa felicidad no llegó a sus ojos agotados. Las dos hermanas poseían rasgos parecidos, pero Susana era rubia con la melena larga y algo ondulada, y Jenni tenía el pelo castaño oscuro con reflejos, melena lisa y flequillo largo y recto. Sus ojos eran oscuros, de un negro muy encantador, aunque, ahora, con los surcos bajo los párpados no pareciesen tan hermosas como antes.

Se abrazaron a ella como si fuera una salvación, y Kayla les devolvió el abrazo, sobrecogida por aquel reencuentro y con muchas ganas de poder ayudarlas.

Hacía muchísimo que no se tocaban.

—Hola, chicas.

—Kayla —murmuró Susana agradecida—, es extraño abrazarte y que estés aquí después de tanto tiempo.

Claro que era extraño. El único contacto que habían tenido desde que Kayla dejó Atlas, fue mediante las redes sociales, y les pidió que lo mantuvieran en secreto. Que nadie supiese que ellas hablaban por esa red social. Se escribían y comentaban cositas, al principio a menudo, pero después, con el paso de los años, ese contacto se hizo más escueto, aunque no había un año que no supieran las unas de las otras.

No eran sus mejores amigas. Pero sí eran amigas a las que les había tenido cariño durante una época de su vida, y todavía el recuerdo hacía que se lo tuviera.

—Después de que me contactaseis, ¿cómo no iba a venir?

Susana y Jenni supieron de su graduación en el ámbito de la seguridad privada y la investigación, pero Kayla nunca pensó que su reencuentro tuviera lugar por su profesión.

Las tres tomaron asiento, y Kayla se pidió un cortado.

Ella tenía grandes aptitudes psicosociales, y siempre hacía caso de su intuición. La energía que las hermanas Amez irradiaban no era buena.

—¿Cómo estás, Kayla? —preguntó Jenni pasándose los dedos por su flequillo castaño oscuro—. Tienes un aspecto increíble. Estás guapísima.

—Gracias —contestó agradecida, abriendo su iPad a modo de libreta y tomando su *Pen* para escribir—. Vosotras...

—Nosotras damos pena —contestó Susana. La rubia estaba tan contrariada e insegura como su hermana—. No hace falta que seas educada. Ahora mismo no estamos nada bien.

—No estáis tan mal —lo dijo con un tono un tanto desenfadado que provocó que las hermanas sonrieran cuando no tenían pensado hacerlo. Aún se tenían ese tipo de confianza, la que hacía que pudieras ser irónica o sarcástica sin miedo a ofender a nadie.

—Mírate —dijo Jenni admirada—, totalmente independiente, con tu propia empresa, exitosa... qué estilazo, y nosotras somos las mismas de siempre...

—Nunca somos los mismos —contestó Kayla fijándose en las uñas mordidas de las manos de Jenni y en los moratones que asomaban por

debajo de sus mangas largas.

—Seguimos siendo las chicas del aserradero, con pajaritos en la cabeza y sueños de divas que no podemos cumplir... —dijo agriada.

Kayla recordaba que las Amez siempre quisieron ser modelos. Tenían cuerpo para ello, eran muy guapas.

—Nunca es tarde. Aún sois muy jóvenes.

—No. Las cadenas de Atlas son muy resistentes —contestó Susana jugando con la taza de café—. Estamos destinadas a seguir aquí, heredando el legado de nuestros padres.

Atlas tenía un aserradero en el valle, propiedad de los Amez, donde se cortaba la madera y se la trabajaba para venderla a industrias de segunda transformación para objetos de consumo. Kayla había jugado muchas veces allí con ellas.

—¿Vuestros padres siguen bien?

—Sí —contestó la pelicastaña—. Como todos los matrimonios, con altos y bajos, pero sí, ahí siguen.

Kayla asintió y desvió sus ojos de color verde gatuno con motitas amarillas hacia la garganta de Jenni. Se había intentado maquillar el cuello, para ocultar unas marcas rojizas.

—Sentimos mucho la muerte de tu padre y de tu hermanastra Ari —admitió la joven—. Fue el año pasado, ¿no?

—Sí.

—Hacía mucho que no venían a Atlas. De hecho, vendieron la casa hace años y nunca más pasaron por aquí.

Kayla no sentía absolutamente nada hacia ellos. Hacía dieciséis años que había dejado de tener contacto por orden expresa de su madre, y a ella no le costó nada obedecerla.

Su padre Dan y su hermanastra Ari murieron el año pasado en un gran incendio, en su casa de los Pirineos. Las llamas les rodearon y no pudieron salir a tiempo. Kayla siempre pensó que debió ser un modo terrible de morir.

—En realidad, ya sabéis que nunca fueron mi familia, así que... —Se encogió de hombros—. No tengo un duelo que cursar. Pasó y ya está. Quiero pasar desapercibida —advirtió—. No quiero que nadie me relacione con ellos. Entiendo que solo vosotras sabéis que estoy aquí, ¿no? No habéis dicho ni a vuestros padres que he venido a Atlas.

—No hemos dicho nada a nadie. No te preocupes, sabemos que necesitas discreción absoluta, pasar desapercibida y que nunca te ha gustado tener nada que ver con el apellido Aro.

—Exactamente —adujo.

Las hermanas asintieron, comprendiéndola perfectamente. Ari y Dan habían sido unos déspotas con la madre de Kayla y con la misma Kayla. Las habían tratado siempre como si fueran de segunda división.

—Pero no creo que pases muy desapercibida si vas a quedarte aquí —dijo apreciando su atractivo y sus facciones—. Estás tan guapa, Kayla...

—Gracias, chicas, pero dejad de piropearme, que no lo llevo bien... —reconoció con algo de vergüenza—. Para quedarme aquí me tiene que interesar lo que me contáis, porque en Atlas no se me ha perdido nada —les recordó—. Así que, vamos a hablar en serio. No puedo evitar fijarme y me puede la curiosidad... —En ese momento el camarero le trajo el cortado y ella carraspeó, le dio las gracias y esperó a que se fuera—. Tenéis cardenales —objetó con seriedad—. Jenni, a ti te encantaba pintarte las uñas y hacerte manicuras. Nunca te las mordías... Y ahora tienes hasta heridas de mordértelas. Estáis pasando por un gran momento de ansiedad, es evidente... ¿Me contáis ya por qué estoy aquí? En el mensaje me dijisteis que era muy urgente. ¿Qué os ha pasado?

Jenni y Susana no sabían por dónde empezar. Se las veía nerviosas y miraban alrededor desconfiadas, como si creyesen que cualquiera podría oírlas. Pero habían dado el paso de contactarla, y no podían dar marcha atrás.

—Sucedio el sábado pasado —explicó la rubia.

—Hoy es sábado. Hace una semana ya —Kayla encendió la aplicación de grabación de voz del móvil y, al mismo tiempo, abrió el Notes del iPad para empezar a tomar apuntes.

—Sí —era Susana la que llevaba la voz cantante de las dos—. Como sabes, siempre nos interesó el modelaje. No hemos desistido en ello, pero aquí es difícil tener oportunidades —dio vueltas con la cucharilla a su café—. No ha sido nuestra idea más brillante —reconoció—, pero pensamos que sería mejor entrar en algún lugar con catálogo, para... para poder conocer a personas influyentes, ya sabes...

Kayla parpadeó lentamente sin quitarle la vista de encima.

—¿Un lugar con catálogo?

Jenni se removió avergonzada y se pasó la mano por la nuca.

—Qué mal... —murmuró la de pelo más liso.

—Yo no voy a juzgar a nadie, solo estoy aquí para escucharos —quería tranquilizarlas—. ¿Qué es un lugar con catálogo?

—Es un sitio de *escorts*... Chicas de compañía, ya sabes. Son muy discretos y muy pocos lo conocen.

—Claro, así debe de ser —objetó Kayla irónica.

—Entrábamos dentro de los estándares que pedían. Te aseguraban que irías a fiestas de gente muy rica, que podrías crear tu propia agenda de contactos, que solo se ofrecía sexo si tú querías y que no estabas obligada a nada... Y también te aseguraban formación dentro del mundo del modelaje.

—Menudo combo... ¿Hay un lugar así en Atlas? Qué sofisticado... —Kayla no se lo podía creer. Atlas era un pueblo precioso de alta montaña, con mucha biodiversidad y diferentes clases sociales, aunque estaba claro que la clase alta empezaba a predominar gracias a las grandes oportunidades de inversión en esa tierra. Se estaba convirtiendo en un Las Vegas mezclado con el Gstaad del cantón de Berna. Es decir, todo un caramelo goloso para los millonarios.

—Sí —contestó Susana—. Nosotras somos de la parte del aserradero, y allí somos todos de clase media tirando a baja —reconoció—. Pero el resto de Atlas empieza a apestar a dinero, Kayla y a gente muy conservadora. Ya has visto todo lo que hay, ya ves cómo ha cambiado el pueblo en poco tiempo... Hay hasta un casino... —reconoció resoplando—. Tu padre y tu hermanastra, que en paz descansen... Es decir, vosotros erais de la parte de los ricos, vuestra casa de vacaciones era de las más grandes y envidiadas de la zona, por eso nos sorprendió tanto que te hicieras nuestra amiga.

—Por suerte, nunca tuve nada que ver con ellos y mi madre me educó muy bien —contestó Kayla. Y así fue. Para ella su familia estaba hecha en dos partes; su madre y ella, y luego, la que apestaba a clasismo, que la formaban su padre y Ari—. ¿Cómo se llama ese lugar de *escorts*? ¿Quién os contrató? ¿Y cuánto hace de eso?

—Hace tres meses. La contratista se llama Minerva. Y el sitio se llama La Agencia.

—Bien —Kayla apuntó esos nombres y las animó a seguir—. Entonces, formasteis parte del catálogo de la Agencia...